

Pero volviendo a la consulta que ha dado motivo a estas páginas, estimo que no me es necesario leer Cuadernos para diagnosticar los defectos, no de ocasión, sino fundamentales, de que adolece, ya que tienen que ser los mismos, acentuados, de su mengua. Hace un año por estas fechas, teníamos usted y yo convenido desde hacía largos meses, que otra persona me remplazara en la secretaría, sin perder yo la titulación, en caso de que me trasladara a los Estados Unidos. Desde aquí, no siendo ya empleado de Cuadernos, pensaba poder expresarme con mayor libertad y autoridad en beneficio de lo que me fue tan caro. Se presentaba, a mi entender, otra ocasión favorable para infundir vida nueva a la revista, para enmendar algunos de sus defectos, así como para continentalizarla verdaderamente. Pero desde que usted, por sí y ante sí, sin concedernos a los demás ni voz ni voto tratándonos como si no existiéramos, decidió absorber la plenitud de funciones directivas y secretariales comprendí que era ya inútil intentar nada porque también a Cuadernos, en un proceso fatal de contracción, se le estaba desprendiendo la retina. Mientras no se corrijan las causas profundas del mal sus efectos irán en aumento. Por lo pronto, el dinamismo creador, que es la razón esencial de su peculiaridad, tiene los resortes rotos. Si no se mejora su organización interna, dudo que Cuadernos pueda, siguiendo el símil, ser algo más que un automóvil parado, con sus autoparlantes, en un cruce de caminos. Seguirá careciendo de iniciativa propia, declinando hacia la insignificancia. Los acontecimientos universales pasarán por delante de él, como lo vienen haciendo, sin que se aperciba. Lo que en la revista es accesorio puede, hasta cierto punto, continuar parecidamente. Es muy sencillo, dada su forma cuadrículada, seguir llenando sus estanterías y las de sus suscriptores con artículos en gran parte de aluvión mejores o menos buenos. Pero ese vegetar sin sentido con prima a la hojarasca, no es lo que hacía de Cuadernos una revista singular, ni la que justifica la pasión de que procede, los esfuerzos que se han hecho e incluso el dinero que cuesta. Cada vez será más mexicana en sentido estrecho y nacional y menos hispanoamericana y mexicana-universal como se pretendía. Y es que si Cuadernos ha de cumplir su cometido creador, por manejable que sea en apariencia no puede ser llevada exclusivamente por una persona absorbida como lo es usted por otras muchas ocupaciones y afligida por la insuficiencia fisiológica que sus amigos deploramos, la cual le impide estar al tanto de muchas cosas y entre ellas de lo que se hace y se dice en las diversas latitudes acerca de los numerosos problemas del hombre, de lo que respira el mundo a través de las publicaciones de los demás países. Para vivir correctamente, la clase de revista que empezó siendo Cuadernos, necesita a mi juicio, según ya otras veces se lo he indicado, además de un equipo de gentes interesadas en su función creadora, por lo pronto una

persona un poco como yo lo fui, identificada totalmente con ella, con actividad, imaginación fértil y espíritu de iniciativa, a la que además se le consienta cierta libertad de movimientos ya que no se ha logrado aún jugar correctamente al golf con camisa de fuerza. De aquí que el mal de Cuadernos parezca incurable, porque eso es precisamente lo que usted no permite. Está usted deslumbrado por la gloria que supone ser director de Cuadernos y, sin tener en cuenta las conveniencias de la revista, entiende reservársela íntegramente para sí. Error craso, una vez más, incluso ante la posteridad que no dejará de pedir a su memoria cuentas de lo que pudo hacerse y, a causa de su crispación, no permitió usted que se hiciera.

Para las gentes perspicaces, ya no es Cuadernos aquel paquete polémico, lleno de indignaciones y entusiasmos, de sorpresas y promesas en diversos órdenes de cosas, que llegaba a sus manos cada dos meses. Algún número, por excepción, podrá en algún aspecto volver a serlo, pero en términos generales, será de manera cada vez más visible y a pesar de los artículos interesantes que se publiquen en sus páginas, un quiero y no puedo, un hablar de superación y de más allá vacíos de contenido, un esfuerzo académico por continuar pareciendo ser lo que tal vez no llegó nunca a ser pero que estuvo a punto de serlo, una sombra condenada a vivir rememorando su pasado, en el fondo imitándose a sí misma. Tomaré como ejemplo de esta última afirmación su artículo último «¿Los Estados Unidos o la Unión Soviética?» que he leído antes de empezar a escribirle. En vez de asumir la función de ilustrar a sus lectores acerca del sentido profundo de los acontecimientos, su artículo sólo los ilustra acerca de la actitud personal de usted y de su parcialidad negativa. Y lo peor es que la estructura de su trabajo se limita a reproducir, después de despojarla de sus horizontes, de sus incentivos y de su enjundia creadores y de desviarla hacia el lugar donde la inteligencia y la sensibilidad estética están encadenadas, la tesis sostenida en el artículo Visión de Paz publicado en 1946, cuando las cosas del momento eran distintas de lo que hoy son. Como los años no pasan baldíamente, es probable que lo que en aquella circunstancia era tal vez oportuno, haya hoy dejado de serlo. La situación de los campos ha evolucionado grandemente, la llamada a Hispanoamérica está ya hecha y no puede ser ahora cuando surta efecto. Cuando el planeta se quiebra en dos mitades, no se trata ya de éste o de aquel, sino de los valores comprometidos en el conflicto y de su primacía en relación con nuestro ser mismo y, por tanto, con el pasado y con el porvenir de lo humano. Estoy convencido de que la impresión causada por ese artículo no puede haber favorecido a Cuadernos ni a su verdadera causa en modo alguno. De otro lado, no es una actitud ni un modo de ver universal sino regional, atacar por sistema, como Cuader-

nos lo viene haciendo y sin razones suficientes a los Estados Unidos, cuyas actitudes ni actividades pueden ser siempre malas. Ni pasa de ser un contrasentido concebir un destino americano en el que este país del Norte, por defectos que tenga –¿acaso México no los tiene?– se encuentre excluido. Ni es posible hablar del Nuevo Mundo y de su tierra del Espíritu, sin acatar los atributos primordiales de éste, que son: verdad, libertad y caridad.

Le hablo con ruda franqueza, con el derecho que asiste a toda «madre» que se siente responsable del porvenir de su hijo, en un último quizá y heroico intento de hacerle caer a usted en cuenta de bastantes cosas de manera que se evite lo que a mi juicio sería la degradación definitiva de Cuadernos. Como ya en otras circunstancias no ha interpretado usted con la debida justeza mis reacciones, me creo obligado a decirle que no guardo ningún resentimiento por haber tenido que dejar esa secretaría que, según cuentan las crónicas refiriéndose a sus propias palabras, deseaba usted absorber hace tiempo, cosa que explica no pocas. Es excelente, desde mí, que la revista pueda manejarse por sí sola, dejándome en libertad para acometer otros problemas más arduos y avanzados. Y en el fondo ¿no ha acabado usted de completar el cuadro a que antes me referí, de la Junta de Cultura Española, llegando dentro de él hasta ocupar mi puesto? Repito que no estoy resentido. La verdad es que me encuentro más libre, más contento y más favorecido por lo que me importa, que nunca. Imagino que el orden poético-creador o si se quiere providencial a que es sensible mi vida, me ha traído a donde debe estar el atajo que conduce a una etapa más efectiva y amplia del proceso neomúndico que ha empezado a abrirse camino en nuestro tiempo. Cuadernos, desde ese punto de vista, es una base que debería seguir siendo útil, incluso en relación con las cosas importantes que me parece deben hacerse aquí aunque no se disciernan todavía concretamente. Y esta nueva etapa prolonga, como es natural, la línea de los intereses universales del pueblo español, los de México –no en balde me he mexicanizado hasta recibir el sacramento de la pirámide– y los del Nuevo Mundo.

Estamos estos días entrando, como distraídamente, en el momento agudo de la crisis histórica complejísima, frente al que Cuadernos debe asumir la actitud intelectualmente correcta que le corresponde. Los acontecimientos hablan por sí solos. En Corea está ocurriendo algo parecido a lo que ocurrió en España. Con premeditación y alevosía, como lo hicieron Franco, Hitler y Mussolini, con maquiavelismo si fino por una parte, burdo por otra pues ni trata de disimular su ultraje a la verdad –hasta ese punto la menosprecia– el espíritu de agresión, bien tomadas sus medidas, se ha puesto en marcha atribuyéndoles la agresión a los propios agredidos. Como en España. De esto es lo que estaba preñada la irrisoria paloma de la paz.